



The insight of the broken soul

---

# VACÍO

BY THEO JATO

---

VACÍO

[POR Theo Jato]

\*;10—39, 10—39!\*

—Atención a todas las unidades, tenemos un 10—39  
¿Me copian? Repito, tenemos un 10—39; dense prisa de una buena vez, no nos queda mucho tiempo.

Irónicamente mi atención no estaba en toda la revuelta que ocasionaba el oficial; sino, en las pequeñas cosas de la escena: el sonido que hacían las estorbosas llaves que colgaban sobre un ligero broche de uno de los ojales del pantalón, la sensación de un tibio líquido sobre el que reposa mi cabeza, los latidos del corazón que ocurren en forma de arte, y sobretodo, estaba fijamente concentrado en la fotografía empolvada que se encontraba sobre la mesilla de centro; fotografía en la que posábamos Demond y yo, después de aquel partido que ganamos contra los idiotas de tercera, con gol mío en el último minuto.

Comenzaron a llegar los refuerzos, obviamente, pues qué otro suceso sería proyector de esas aturdidoras luces azules que tanto contrastan a las patrullas; así mismo, la intolerable sirena delataba la llegada de la ambulancia.

—1, 2,3 ¡arriba! Fue lo último que mi debilitado cuerpo me permitió escuchar; sobre la camilla, aparentemente.

Desperté por unos instantes en lo que sería el corredor de alguno de los hospitales cercanos a mi departamento; estaba totalmente recostado así que no podía ver si ya me habían puesto alguna de esas estúpidas batas, o si aún salía sangre de mi cuerpo, pero por la urgencia y por los gritos que se percibían por todos lados, suponía que recién estaba llegando allí.

De pronto la vi, ¿Qué diablos hacía ella aquí? La mujer con la que no había tenido contacto en casi 17 años, estaba allí. No pude observarla cómo normalmente lo hubiese hecho, pero sí que tenía más notada la edad; la percibí un poco borrosa, así que su expresión tampoco me revelaba la situación, pero cualquier idiota puede suponerla; es decir, después de tanto tiempo, vuelve a ver a su hijo recubierto en sangre.

No me interesaba en lo absoluto saber cómo me encontraba, después de todo esa decisión ya la había tomado; quería presenciar la escena lo más que podía, pero una de las personas que me rodeaban con mucha prisa, colocó sobre mi rostro una mascarilla que no tardó en dejarme dormido.

Finalmente conseguí abrir los ojos, y evidentemente aún no podía ser conocedor de lo que hay después de la muerte; me encontraba sobre una de las frías camas del hospital, enchufado a muchas cosas, de las cuáles, sólo era conocedor del suero y de la bolsa con sangre que colgaba a mi lado derecho.

La recámara era exactamente igual al resto de los hospitales en los que he estado; la mayoría de las veces por peleas, y otras más por cosas insignificantes cómo lavado de estómago, sobredosis y claro, por aquella vez en la que el idiota de Demond me apostó cincuenta dólares a que mi skateboard se rompía en el tubo; por suerte, aunque en di-

cho día mi brazo se quebró, mi bellísima tabla quedó intacta.

A los pocos minutos, y sin poder continuar para contemplar la extraña belleza de aquel deprimente lugar, ingresó a la habitación la mencionada mujer.

—Mírate nada más, introdujo de una forma un tanto sutil.

—Para con ésto mamá.

—¿Qué pare? Dijo mientras su rostro se deformaba y preparaba para liberar las lágrimas que se notaba, llevaba guardando varios días.

—Detente, por favor.

—Debería voltearte la cara a cachetadas.

—Mamá...

—¿EN QUÉ DIABLOS PENSABAS?

—Mamá...

—¿Crees que ésta es la solución?

...

—¡CONTESTA! ¿Crees que es la solución? ¿Crees que tu vida es miserable? ¡Por el amor de Dios! ¡Hay gente que lo ha perdido todo y tú...!

—TÚ NO SABES NADA ¿VALE? Respondí con todo el ímpetu que mi pálido y débil cuerpo me permitió.

—¿Qué no lo sé? SOY TU MADRE

—PUES ACTÚA CÓMO UNA Y CÁLLATE

Por nuestra suerte, y la de las personas del hospital, una de las enfermeras ingresó inmediatamente a la habitación, añadiendo las palabras que terminarían de una vez con la "conversación" madre e hijo: "Señora, tengo que pedirle que salga"; mi madre, junto con la señorita, dejaron la habitación, mientras que yo dispuse a olvidarlo todo con la ayuda de una siesta.

Para cuando desperté, el día había pasado a ser noche y la habitación se sentía ahora más pesada; me dispuse a reojar el lugar, pero por inercia, giré mi cabeza hacia la iz-

quierda, dónde se encontraba mi madre, durmiendo sobre aquel pequeño y aparentemente incómodo sillón.

Para ser sincero, no tenía los ánimos siquiera para conversar con ella, y sabía que el despertarla podría significar otra pelea; aunque también, sentí un poco de lástima por ella, pues no sé de alguien que disfrute de estar todo el día en el hospital.

De poco ayudaron mis formulaciones para decir qué hacer, pues en instantes, fue ella misma quién despertó, y contrario a mi hipótesis, continuó haciéndome una pequeña mueca que jugaba el papel de sonrisa.

—Jahdai...

—No es necesario mamá. Lo entiendo

—Es necesario. Hijo, yo...

—Enserio mamá. No ocurre nada

—Yo entiendo que no te he respondido cómo una verdadera madre y yo...

—Escucha, discúlpame ¿Vale? Lo que dije hace unos momentos sólo fue un impulso; sabes perfectamente que no te responsabilizo de nada.

—Déjame terminar Jahdai. Sólo... Discúlpame, enserio, yo... luego de ello, rompió en llanto.

—Basta mamá. No tienes la culpa de nada, añadí, mientras compartíamos un cálido abrazo; abrazo en el cuál las lágrimas, por parte de ambos, fueron evidentes.

Estuvimos sujetados entre sí bastante tiempo; no sabría con exactitud los minutos, pero seguramente fueron al menos 30; al concluir con el abrazo, mi madre deslizó sus dedos por mi mejilla al igual que cuando tenía 4 años y luego de eso, añadió:

—Iré por un café ¿Quieres algo?

—Estaría increíble un porro.

—...

—Sólo bromeo, mamá. Para serte sincero, me encantaría que comiéramos una pizza, pero supongo que aún estaré un buen tiempo aquí.

—Yo la traigo ¿Vale?

Accedí con un ligero cabeceo y una sonrisa que hacía buen rato ya que no la dibujaba en mi rostro.

—Pero en cuánto regrese, me lo contarás absolutamente todo.

—Claro.

—Jahdai. Lo digo en serio, quiero saber todo lo que llevo a mi hijo a tomar esa decisión.

—Asegúrate de traer unas mantas ¿Quieres? Porque si deseas saber todo, necesitaremos un poco de tiempo.

Nuevamente, mi madre iluminó su rostro con una sonrisa tan cándida, que de nuevo me hizo sentir como aquel niño de 12 años: Lleno de metas, de amigos y sobretodo, sin el recelo y la apatía que los años me habían estado ocasionando.

Mi madre se despidió brevemente de mí, salió de la habitación cómo una nueva persona y yo, ansiosamente le esperé.

## CAPÍTULO 1: LA INTRODUCTORIA INFLUENCIA

Bueno, pues como dije, no te responsabilizo absolutamente de nada mamá, pero definitivamente me hubieras ahorrado mucho estrés si hubieses atendido a mi elección de la preparatoria, pues aunque no lo creas, todo comenzó desde allí.

—¿Me lo dices en serio? Pero Jahdai, se te veía tan feliz en ese lugar.

—Y así lo era; al menos los primeros dos meses.

Me agradaba estar allí porque la escuela siempre ha sido una estupidez; sabes, las personas de esos lugares creen que tu inteligencia se mide en números así que como puedes intuir...

—Desobediencia ¿Cierto?

—Exactamente.

Odiaba que catalogaran a mis compañeros como mentes maestras, sólo por el hecho de poder memorizar datos;

realmente lo odiaba así que si, fue uno de los motivos para que comenzara a importarme menos, pero definitivamente lo que me hizo desviarme un poco, fue el idiota de Demond.

—¿Demond? ¿Enserio?

—Así es.

En los primeros días de clase, no encontraba la manera de encajar; sé que no me costaba hacer amigos, pero todos me parecían un grupo de inútiles; cuyo futuro radicaba en sentarse el resto de sus días en una estúpida silla, recibiendo un “sueldo justo y merecido”; amargándose por recibirlo, hasta el día de su muerte.

En el receso, todos estaban en compañía de alguien: divirtiéndose, conociéndose, y yo, bueno, prefería pasar el rato con mis audífonos, escuchando un poco de Beethoven.

En los días siguientes, algunas personas intentaron entablar conversación conmigo, pero su plática prácticamente se resumía a temas como películas, mujeres y a lo que sea que harían el fin de semana; algo que definitivamente me aburría al instante.

Fue entonces que en un jueves, entró un poco tarde a clase un joven nuevo al parecer; con ojos azules, cabello castaño, piel bronceada, y al criterio, apenas 5 centímetros más alto que yo.

El impuntual joven caminó hacia el asiento vacío que estaba junto a mí, pues al no haber congeniado con nadie, el lugar obviamente estaba disponible.

—¿Puedo sentarme? Introdujo con gesto que hacia evidente su socialización.

—No sé ¿Puedes? Añadí.

—Vale, ya veo que eres el tío amargado de la clase, comentó mientras se sentaba.

Curiosamente, no me tomé a mal el comentario, pues de cierta forma, las expresiones, aunque muy distantes, fueron pertinentes para comenzar.

—Demond, dijo mientras dejaba suspendida su palma en el aire.

—Jahdai, concluí correspondiendo a su saludo.

Estábamos en clase de Física; el maestro cómo siempre, se encontraba diciendo preguntas al aire que los idiotas/inteligentes del salón se desvivían por responder; yo en cambio, prefería anotar las respuestas a manera de notas en la parte superior de mi cuaderno, pues no tenía el más mínimo interés de formar parte en ese círculo educativo al que el sistema le llama "aprendizaje"

—¡933 Amperes! Gritó Damond.

—¡Mírenlo! Recién llegado y ya muestra más señal de vida que ustedes; muy bien, señor... Damond, recalcó el maestro John.

—Así que eres bueno en física, le comenté, para terminar con la incomodidad de compartir la mesa.

—Un poco, pero soy mejor viendo lo que los idiotas anotan en sus cuadernos.

—¿Qué?

—Si sabes la respuesta, ¿Por qué coño no la dices? Dijo Damond en un tono de sátira.

—Porque prefiero parecer un idiota, a comportarme cómo uno de ellos.

—Irónico ¿No? A mí eso me parece bastante idiota; tío, tú sabes todas estas estupideces sin siquiera abrir el libro, y mírales a ellos, buscando entre sus hojas para responder por mecánica; no eres un idiota, pero te comportas peor que uno. Es sólo mi opinión.

Realmente jamás había pensado en ello; aun cuando suelo ser bastante reflexivo; no había notado en días, lo que Demond me aclaró con sólo minutos.

—Lo aprecio, y perdona la pregunta, pero, no eres de por aquí ¿cierto?

—¿No estarás coqueteándome?

—¿Qué? ¡NO! Es sólo que tu acento...



—Madrid. Mi padre es una especie de genio con balón y le ficharon para jugar por acá.

—¿Fútbol? ¿Enserio? Pero no entiendo ¿Les pagan lo suficiente por jugar? Porque no había escuchado algo así de un equipo local.

—Nadie dijo que era un equipo local.

—Aguarda un segundo, ¿Tu padre es Alonso? ¡¿El nuevo refuerzo?!

—¡Oye! Baja la voz, ¿quieres? No es tan bueno cómo lo pintas ¿vale?

—Claro.

Supongo que tenía sus propias razones para que nadie supiera que era hijo de uno de los jugadores más talentosos con los que ahora contaba la liga; aunque no terminaba de entender cuáles podrían ser.

Estar con Demond era la verdadera razón por la que me gustaba tanto ese lugar llamado preparatoria; hacía sus bromas estúpidas, te levantaba el ánimo, siempre sabía cómo me sentía, y principalmente, era el tipo de persona con la que el tiempo, dejaba de existir; el sujeto con el que una conversación, por más incoherente que fuera, te hacía perder la noción de siquiera el día que era. La escuela prácticamente era el mejor lugar con él, pero realmente lo más divertido de todo, eran las fiestas.

Como sabes, hasta la preparatoria, las únicas fiestas a las que asistí fueron las de mis cumpleaños y las que de vez en cuando hacían nuestros familiares; así que era un ambiente totalmente nuevo para mí.

Recuerdo que fue un día viernes. Llegué a casa y tú estabas discutiendo un poco con papá; entré directo a mi cuarto y Damond me llamó:

—¿Tienes algo importante que hacer el día de hoy? Sólo bromeo, sé que no tienes nada mejor que hacer. Te veo en 30 minutos, sobre la avenida de la Palma

La avenida estaba apenas a unos pasos de la escuela, no tenía casi nada de tarea, pero si mucho aburrimiento, así

que me dispuse a salir unas cuantas horas; me duché, cambié y perfumé; tomé unos cuantos billetes de cien de mis ahorros y sin más, fui directo a tomar el bus que me llevaba todos los días a la escuela.

Estando en el bus, mis pensamientos comenzaron a fluir; es decir, técnicamente ésta sería mi primera gran fiesta; y ya sabes todo lo que se dice de ésta en particular: Primer trago, primer cigarro, primera chica, primer gran regaño y básicamente, primer arrepentimiento.

Llegué a la Palma a las 9:30; exactamente a los treinta minutos que previamente había acordado con Damond, pero al parecer, su reloj marchaba distinto al mío, pues el capullo se dignó a aparecer hasta que dieron las 11.

Llegó de la forma más estruendosa posible: conduciendo un singular Porche negro del año, con música al tope y quemando llantas a tal forma que sólo un idiota, no se habría percatado de su llegada.

—¿Así son de impuntuales en Madrid?

—Venga. Sube que ya vamos tarde

—¡Dijiste treinta minutos! ¿Tienes idea de cuánto llevo esperando?

—Ostia, Jahdai ¿Sos mi novia?, añadió mientras se perdía en carcajadas.

—¿Y a ti qué te pasa? Dije durante el proceso de sentarme y cerrar la puerta

—¿Por qué habría de pasarme algo? Y de igual forma, desmoronándose en risas.

—¿Por qué? ¡Mírate! Riéndote como idiota.

—Ya está; mira, es para llegar ambientado a la fiesta. Pírate un poco.

Frenó momentáneamente y husmeando dentro del bolsillo derecho de su chaqueta, me arrojó una pequeña bolsa que contenía un fino polvo blanco; inmediatamente, sacó de su billetera una black card y un pequeño papel perfectamente enrollado.

—¡No esperarás que lo haga! ¿Verdad?, añadí en un tono bastante serio.

—¿Te parece que estoy jugando?

—¡VAS DROGADO Y ENCIMA CONDUCIENDO! ¡Qué coño te pasa, Damond!

—¿Vas a inhalar o no? Que se hace tarde; añadió mientras me miraba fijamente.

—¡Tú qué crees idiota!

—Entonces ¿Por qué coño sigues aquí?

Baje inmediatamente del carro y repleto de ira, cerré aposta con mucho ímpetu la puerta; seguidamente, Damond soltó a carcajadas, mientras que yo caminé con decepción. A los pocos segundos, el Porche jugo el papel de mi sombra y claro, Damond habló:

—¡Jahdai! ¡Espera!

—Lárgate, Damond.

—Tío. Te estoy jodiendo.

—Seguro...

—¡Venga! Te estoy diciendo la verdad. No estoy drogado.

—¿Y cómo explicas el polvo?

—Vale, en primera nadie le llama "el polvo"; y en segunda, es sólo para la fiesta. Es cómo el alcohol y esas cosas, pero no es para mí.

—No me jodas.

—¡Sube ya! Enserio vamos tarde.

—Si queréis que vaya, tira esa mierda.

Damond tomó la bolsa exhibida, cogió un puñado más y desde la ventana, las arrojó todas hacia un pequeño charco que no distaba tanto del Porche.

—¿Nos podemos ir ya, mamá?

—No me cansaré de decirlo: "Eres un idiota", añadí mientras cerraba la puerta.

—Tío ¿Tienes idea de cuánto cuesta cada bolsa?

—Tú decidiste hacer la broma.

—Sí, pero no sabía que me costaría casi mil euros.

—Puedo no ser un experto, pero la cocaína no cuesta tanto.

—¿Cocaína? Eso no era cocaína, capullo; ¡pero qué más da! Aun así será increíble.

Justo en ese momento, y por más tonto que parezca, fue cuando pude darme cuenta de que la amistad con Damond realmente valía la pena; y que por más irónico que sonase, era la persona a quien más necesitaba.

Personalmente no era el mayor admirador de la versión piloto de Damond, pues manejaba de una forma un tanto irresponsable: En todo momento a más de cien, sin respetar semáforos y señales, sin ceder el paso y sobretodo, manejando cómo si propiamente, estuviésemos dentro de una pista de carreras o similar.

Tardamos alrededor de 40 minutos en llegar a la tan ansiada fiesta, y definitivamente ahora, entendía el porqué de la prisa: En aquel entonces Damond tenía 17 y yo 16, pero todas las personas allí dentro tenían cuando mínimo 23 años. Los vehículos del lugar eran igual y más lujosos que en el que llegamos; había centenares de botellas, mujeres atractivas, piscinas, dj, y todo lo que un amante de la fiesta podría idolatrar.

En cuánto pusimos un pie dentro de la enorme mansión, la popularidad de Damond se hacía más notoria; básicamente todo aquel que le miraba, le tiraba un elogio, seguido de un abrazo o beso bastante afectuoso.

Me presentó con cuánta gente se nos ponía en el camino, desde la puerta, hasta la parte trasera de la mansión; seguidamente de haber concretado el recorrido, cogió una botella de un fino whisky y tras un ligero brindis, nos dispusimos a terminar el líquido.

—Tú quédate aquí ¿Vale? No tardo mucho; sólo tengo que subir por algo.

—¿Estás diciéndome que ésta es tu casa?

—Algo así; es más para vacacionar y hospedar; tú sabes...

—Entonces te espero, dije con sorpresa.

—No, no, no. Pensándolo bien, mejor anda y conoce a alguien, puede que tarde un poco.

Damond entró nuevamente a la extravagante casa y yo en cambio, me quedé como estático. Era mi primera fiesta, ¿Qué se supone que tenía que hacer? No quería permanecer allí, parado cómo un tonto; así que lo mejor que se me ocurrió, fue recorrer el lugar con el whisky en mano.

Había muchísimas personas por doquier; seguramente, superaban las mil y de todas ellas, yo era el único que se sentía incómodo. Habré caminado alrededor de diez minutos, hasta que finalmente, me encontré con la musa de la party.

Una hermosa mujer de cabello largo y rubio, ojos grises, pómulos bien marcados y labios idóneamente delgados, que acompañada de un entallado vestido color rojo, se enaltecía al pie un mini bar, que irónicamente, no se ape-gaba al término.

Mi carencia de experiencia con el tema de las mujeres nunca había sido tan obvia, pues siquiera mi cuerpo encontraba el impulso para caminar hacia ella; es decir, no es usual eclipsar a mi persona, pero aquella mujer me estaba atemorizando, sin siquiera percatarse de mi presencia.

Pese a mi inapropiada preparación de cortejo, el deseo palpar de mi corazón ritmaba a tal ímpetu, que mis piernas me hicieron el favor de dirigirme hacia ella; pese a que el sudor, el tartamudeo, y las constantes miradas al vaso de whisky, se oponían a su impertinencia.

—¿Me invitas un trago? Añadió sorprendentemente la encantadora mujer, recién cedí el último paso para llegar, justo enfrente de ella.

—¿En barra libre? Añadí al parecer, pues no terminaba de entender, cómo podía siquiera articular una frase, frente a ella.

—Demasiada confianza para alguien que demoró casi 10 minutos en encontrar un motivo suficiente, para acercar-

se.

—¿Y cuál crees que haya sido el susodicho? Dije, desca-  
radamente.

—He aquí mi anticipo a tu charla, y como dije, ¿Me invi-  
tas un trago? Añadió, luego de formar en su rostro la sonri-  
sa con más clase y cautela que jamás haya presenciado, an-  
tes.

—¿Qué bebes?

—Spritzer.

—Seguro, respondí con todo el cinismo del mundo,  
pues evidentemente, en mi vocabulario sólo figuraban las  
palabras como whisky, vodka, tequila, ron o similar.

—¿Sucede algo? Reafirmó, a manera de sátira.

—Varias cosas, en mi opinión.

—No tienes idea de qué podrá ser, ¿Cierto?

—Quizás mi intención es procrastinar con tu trago.

—¿Con qué fin?

—Bueno, quizás mientras más demore en hacerlo, más  
tiempo pueda estar junto a ti.

—Dime, a menudo, ¿Suele funcionarte?

—Es experimental, de hecho, ¿resultó?

—Permíteme, añadió, luego de iluminarse nuevamente,  
con una sonrisa.

Se colocó junto a mí, tomó una copa, le colocó unos  
cuantos hielos, vertió en ella vino blanco, seguido de un  
poco de agua mineral, y le colocó una rodaja de naranja,  
para después, evidenciarme con sus ojos, de un penoso ac-  
to.

—No está tan difícil, ¿No? Quizás así, no tengas que de-  
morarte tanto, la próxima vez que una chica te pida algo.

—Eso depende...

—¿De qué?

—De qué sea lo próximo que vayas a pedirme.

—Enserio necesitas práctica, pero... te lo concedo. Se  
está haciendo un poco tarde; así que por qué no me llevas  
a casa.

—Encantado. Permíteme a que vaya por mi abrigo.

—Seguro, añadió mientras tomaba asiento.

Inmediatamente, pero sin demostrar tanto apuro, pisé los interiores de la mansión; gritando a los cuatro vientos, obviamente, el nombre de Damond. Busqué en cada rincón de la sala de estar, pero al no encontrarlo, con todo el atrevimiento y confianza, comencé a indagar por todo el segundo piso; hasta que finalmente, llegué a una habitación con fachada de romántica, en dónde predominaban las velas y las tonadas de melodía suave.

—No eres a quien esperaba, pero mirándote bien, tienes una linda espalda, dijo la inconfundible y sarcástica persona, que convenientemente, recién llegaba a la alcoba.

—Perdona, Dam. No quería interrumpir tu carente escena de seducción, pero... necesito que me prestes tu carro.

—¿Mi Porche? ¿Te volviste loco?

—¡Por favor! No te lo pediría, si no fuera importante.

—¿Importante para quién?, dijo mientras su sonrisa, tocaba cada punta de sus oídos.

—¡Damond! Por favor, es por la chica más impresionante que puedas imaginarte...

—Déjame analizar lo que pasa aquí.

—Dam...

—Primero irrumpes en la habitación...

—¡Damond!

—Luego... te burlas de la escena que he creado aquí, que te aclaro, es demasiado exquisita...

—¿Me lo prestarás o no?

—Y finalmente, me pides el Porche; y todo, ¿Para qué? ¡Para una chica!, que por si fuera poco, acabas de conocer. Olvídate de llevarte el carro.

—No lo entiendes, Dam. Tienes que verla: Su cabello rubio, sus ojos grises, y tiene una sonrisa que...

—¡NO JODAS!, interrumpió luego de arrugar mi camisa, con constantes tirones.

—No he terminado de...